

tormenta de nubes, es obra digna de aquel Dios, cuya providencia dominante da la paz despues de haber dado los males, y que abandonando á sus escogidos por algunos momentos, los vuelve á recoger en su misericordia. Pero ¡oh y con cuánta liberalidad! Es poco para este casto amante el poner su mano bajo sus cabezas, para que no caigan ni se lastimen. Es menester que los tenga abrazados con su diestra para que esten íntimamente unidos á él.

Es poco para este magnífico Asuero el dar á su bella Esther dos mujeres de honor que la sostengan en sus desmayos; es preciso que se levante él mismo de su trono, que se ponga delante de ella, y la diga con ternura: yo soy tu hermano, acercate á mí, y toca mi cetro.

Débiles imágenes, nunca representaréis sino muy groseramente lo que Jesucristo, el mas celoso de todos los esposos, el mas magnífico de todos los reyes, hizo á favor de Catalina. Fueron tantos los favores con que el Señor enriqueció á esta vírgen, que se atrevieron á decir á vista de ellos las expresiones mas valientes dos escritores respetables en la Iglesia por su ciencia y santidad.

San Antonio de Florencia dijo que apenas se hallarian en el mundo dos hombres que tuviesen tan continua y familiar conversacion uno con otro, como tenia Catalina con su esposo. El venerable Granada añadió, que habiendo leído en todas partes maravillas de la bondad divina, nada habia leído despues del misterio de la Encarnacion que le diera una idea mas completa de la caridad divina, que los hechos de santa Catalina, y los singulares privilegios que la concedió el Altísimo. Formaréis, señores, juicio de ellos por lo que voy á decir de los favores y privilegios de su entendimiento, de los favores y privilegios de su voluntad, de los favores y privilegios de su cuerpo. En todo hallaréis á Dios liberal, y á Catalina fuerte.

Favores y privilegios del entendimiento: aquellas luces extraordinarias, aquellas magníficas ideas, aquella sabiduría sublime son la primera prueba que os ofrezco de los cariños de Jesucristo con Catalina. Porque ¿cuán recomendable no es, cuán admirable la sabiduría con que fecundó el entendimiento de esta vírgen el Padre de las luces?

Sabiduría admirable en su principio. No fué Catalina instruída con el arte como un Cirilo, bajo la enseñanza de Teofilo,

patriarca de Jerusalem: no fué formada como un Atanasio, bajo la educacion de san Alejandro. No fué criada como el Crisóstomo, bajo la direccion de san Melecio; ni como Teodoreto, obispo de Siria, bajo las reglas del Crisóstomo. Jesucristo fué su único maestro. Él la llenó de aquel divino fuego, que descendiendo de las alturas instruyó á Jeremías. Él desde la juventud la enseñó como á David.

San Gerónimo deseó con ansia instruir en las primeras letras á la pequeña hija de Leta, gran matrona romana, aun balbuciente en el hablar. Esto que deseó san Gerónimo fué lo que practicó Jesucristo con Catalina. Aun no puede sostenerse en los piés, y ya la enseña él mismo el Ave María. El mismo la enseña á leer, y en un solo momento de instruccion lee Catalina perfectamente los Salmos de David.

Jamas leyó esta vírgen la historia de los padres, y tenia perfecta idea de sus hechos. Nunca frecuentó las academias, y respondia á las mas difíciles cuestiones de la teología. Tu, Señor, tú la enseñaste desde su juventud: *Docuisti me à juventute mea.*

¿Y de aquí cuánta gloria para nuestra vírgen? Alejandro el Grande ponía gran parte de su gloria en haber tenido por maestro á Aristóteles. El emperador Teodosio llamaba felices á sus hijos Arcadio y Honorio, porque aprendieron bajo la direccion de Arsenio. El obispo de Neocesarea Gregorio se derramó en alabanzas del magisterio de Orígenes; ¿pues cuánto mas feliz es Catalina instruída por la misma sabiduría? Sí, gran Dios, bienaventurado el que tú enseñas: *Beatus quem tu erudieris.*

Sabiduría admirable en su extension. Salomon, tu corazon fué lleno de sabiduría ó inteligencia, con tanta extension que le compara el Espíritu santo á las arenas que ocupan las márgenes del mar. ¿Qué importa si ignoraste en tus avanzados años toda la plenitud de la sabiduría, que consiste, segun san Agustin, en conocerse á sí mismo, y conocer á Dios? Catalina tuvo una y otra noticia con perfeccion, despues que su maestro Jesucristo la dió esta leccion: si conoces, hija, quien soy yo, y quien eres tu, serás bienaventurada. Yo soy el que soy, tu la que no eres. Leccion que aprendió tan de memoria, que fué el móvil de todas sus acciones, y el principio por donde Dios la hizo participante de aquella sabiduría con que todo lo penetra

como los serafines, con que todo lo advierte, lo predice, lo preve; parece otra María hermana de Moisés; otra Débora, mujer de Lapidot: aquella sabiduría con que escribe diálogos que abrazan todas las materias de la divina Providencia, de la soledad del corazón, de la obediencia, de la discreción, de la luz de la razón, de las obligaciones de los sacerdotes; diálogos, que escribió arrobada en éxtasis, y llena del Espíritu santo, según público testimonio de su amanuense; aquella sabiduría con que escribió cartas llenas de sentencias, que en otros necesitaron años para concebirse, no bastándole á Catalina cuatro amanuenses á un tiempo para dictarles. Parece otro santo Tomás, ángel de las escuelas. En este abismo de sabiduría hallaréis exhortaciones que parecen de un Bernardo; misterios tan profundos, que por sí mismos manifiestan que fueron aprendidos sobre el pecho del Redentor. No fué otra la escuela del discípulo amado. Hallaréis producciones tan sólidas, que fueron capaces de convencer á los sabios mas ilustrados. De hecho: de la Catalina de Alejandría se dice que convenció con su ciencia á los gentiles; pero la de Sena á los teólogos mas famosos. Estos incrédulos, estos curiosos llegan á dificultar si su sabiduría es de Dios ó del diablo; la prueban, la examinan. ¡Incredulidad, este es el día de tu ignorancia! Se convence, aplauden á Catalina como maestra de los teólogos, la consultan como á oráculo, y aprenden mas en una hora de su trato, que lo que habian aprendido muchos años en el Liceo. Dejádla, dijo un sumo pontífice á los cardenales que se mostraban contrarios, dejádla; no es mujer la que habla, sino el Espíritu santo.

Sabiduría admirable en su estimación. ¿Cuánto aprecio no se ha hecho de los escritos de Catalina? Si Mariano Victorino y Erasmo hicieron notas á los escritos de san Jerónimo: si san Ambrosio consiguió á Pedro Namnio por expositor de sus obras: si fué honra para Agustín aquellos comentarios con que adornó Luis Vives los libros de *Civitate Dei*: si es gloria de san Gregorio Magno, que de sus obras sacase san Isidoro el libro de *Summo bono*; las epístolas y diálogos de santa Catalina han sido la regla de que se ha servido san Antonino de Florencia para componer gran parte de sus *Moralidades*: el venerable Capua dice que aprendió en ellos las reglas mas ciertas para dirigir las almas á Dios; y el arzobispo de Toledo, aquel que solo él bas-

taba para hacer grande é ilustre á la religion seráfica, el Eminentísimo Don Fr. Francisco Jimenez de Cisneros, hizo tanto aprecio de las epístolas de santa Catalina, que las mandó traducir á nuestra lengua, é imprimirlas á sus expensas, para que todo el mundo disfrutase de un tesoro que solo poseían los Italianos.

¿Juzgais á vista de luces tan recomendables que se dejaría llevar Catalina del aire de la vanidad, y que como la desdichada Eva se rebelaría contra el Criador que la había enriquecido con mano liberal? Oídsele decir á Catalina: vanidad nunca, nunca: gloria y honra de Dios sí. Transportado aquí el venerable Granada, exclama: ¿quién no admira que una mujer ilustre en el teatro de toda la Italia, célebre por sus elegantes oraciones en público consistorio en Roma, y aplaudida por la Sibila de aquel siglo, pudiese decir con verdad: vanidad nunca, nunca? Tanta fué la fortaleza de Catalina, tal su espíritu, y tan grande su valor: no nos detengamos; mirémosla bajo otro aspecto.

Favores y privilegios de la voluntad de Catalina. Ya me habeis comprendido que hablo de aquellas llamas amorosas que abrasaron la voluntad y corazón de esta vírgen. Yo las contemplo como aquel horno que encendió la rabia de Nabuco para abrasar los tres niños, porque si esta excedió siete veces mas la voracidad de las llamas ordinarias, el fuego que ardia en aquel seno incendiado de una llama omnipotente, la adquirió un amor siete veces mas abrasado y mas privilegiado que el de las demas vírgenes de la Iglesia, pudiendo decir con razón haber mandado Dios que en este corazón *Succenderetur fornax septuplum*. ¡Ah! ¿Quién podrá averiguar los privilegios de este amor?

Amor privilegiado en la continuación de su objeto. ¡Qué amistad tan estrecha entre David y Jonatás, entre Ruth y Noemí, entre Job y sus amigos, entre Chusai y David! El alma de Jonatás estaba unida á la de David: Ruth prometió á Noemí que moriría siempre con ella. Los amigos de Job apenas supieron su desgracia, vinieron á hacerle compañía. Chusai aseguró á David que todos los trabajos no podrian separarle de su amistad. ¿Acaso con estos ejemplares se puede comparar el trato, la amistad y familiaridad de Jesus con Catalina? No mentaría yo si dijese que Jesucristo no podía estar sin ella.

En todo tiempo la hace compañía: si Catalina reza, rezan ambos; si se pasea, se pasean ambos; si entra, si sale, entran

y salen ambos; si come, se brindan, se rien; si se aflige, la enjuga las lágrimas; si desea recibirle, la aplica la boca á la llaga del costado, de aquel costado de donde emanaron los sacramentos, segun san Agustín, y la dice: hártate de mi cuerpo y de mi sangre. Se hablan como un amigo con palabras tan penetrantes, tan vivas, tan eficaces, que al oírle se derrite Catalina, se liquida, se pierde en el seno de su amado. Se familiariza tanto Catalina en este trato con Dios, que ya le deja solo en su celdilla, ocurre á la necesidad que la llama, vuelve; pero ahí le encuentra.

Ya lo dije con san Atonino de Florencia; pero no importa, quiero repetir que ningun hombre ha tenido sobre la tierra con otro trato tan familiar y continuo como Jesucristo con nuestra virgen. ¿Y esto de qué modo tan particular? Gedeon, el Señor estuvo contigo, el ángel te lo anunció. Salomon, el Señor te acompañó, así te lo aseguró David en su última bendición. David, el Señor no te desamparó en la batalla, así te lo dijo Saúl; pero esta compañía fué por un efecto de la divina protección. Catalina, el Señor te acompañó, te consoló, te fortaleció, te custodió en figura corporal, como es en sí, con toda la claridad que se presenta á los bienaventurados en el cielo. Por eso fué su amor privilegiado en la claridad de su objeto.

No me verá el hombre mientras vive, dijo Dios á Moises, que le pedía le mostrase la grandeza de su gloria. Ved ahí un lugar de la Escritura que ha puesto en prueba los entendimientos mas famosos sobre un punto de delicada teología, y es si alguno ha visto á Dios como es en sí en esta vida mortal. Sientan por la negativa Orígenes, san Ireneo, san Ambrosio: sostengo con san Agustín y el Angélico Doctor haber gozado de este privilegio Moises y san Pablo: ¿y se le habia de negar Dios á santa Catalina? Cuando á otros no lo hubiera concedido, hubiera roto el velo que le oculta á nuestros ojos para mostrar su hermosura á esta dichosa criatura. Lo hizo con ella, y no una vez como con san Pablo, sino muchas.

Paso en silencio tantas veces que fué arrebatado su cuerpo por el espíritu, participando de uno y otro rayo de aquella luz inaccesible. ¿Pero acaso podré disimular aquel rapto de tres dias y tres noches, en que transportada al cielo se halla en medio de los bienaventurados; bienaventurada ella misma, admira la felicidad que goza, se ve vestida de claridad y rodeada de gloria?

Allí el Cordero la abre el místico libro sellado con siete sellos. Allí comprende aquellas místicas medidas de que habla san Pablo. Allí descubre los misterios mas impenetrables de la Trinidad augusta, del poder de Dios, de la generacion eterna: *Pro certo teneatis quod vidit anima mea divinam essentiam*. Palabras son de Catalina á su confesor.

¿Qué no podemos decir ahora de la voluntad abrasada de Catalina? Nada diria si os hiciese una particular anatomía de sus éxtasis, enajenaciones, ímpetus, llagas repentinas de amor que la obligan á clamar, desfallecer y enfermar casi de muerte. Este fué el principio de la transformacion de Catalina en su objeto, último privilegio de su amor.

Señores: ¿qué es amor? Es, dice el águila de los doctores san Agustín, una especie de vida que identifica á los amantes; es un nudo que los une entre sí, dice el Ángel maestro; es una virtud que enlaza á los que se quieren, dice el seráfico doctor san Buenaventura. No os admireis pues, si me oís decir que Catalina se transformó en Jesucristo hasta sentir en su cuerpo todos los dolores y tormentos que de Jesucristo habian anunciado los profetas, y figurado las ceremonias. Vosotros comprendéis toda la extension de su amor.

De hecho, ella siente que la atan las manos con crueles ligaduras, que la dan una cruel bofetada, que la aprietan á las sienes una corona de penetrantes espinas, que carga sobre sus hombros la cruz, que la clavan en ella de piés y manos, siente tres horas de mortal agonía, espira, y á los tres dias resucita gloriosa. ¡O víctima! ¡ó mártir del amor divino! ¿Qué podeis desear mas? En verdad que no hay mas capacidad en el corazon humano. Con todo Dios la transforma en sí de un modo mas admirable. Mirala su confesor, y no ve sino un devoto Nazareno; aun no es esto lo mas particular. Admirado pregunta: ¿con quién hablo? *Quis est qui mecum loquitur?* y oye una voz que le responde: *Ego sum qui sum*. Yo soy el que soy.

¿A quién de las vírgenes de la Iglesia se concedió tal favor? ¿Qué justo ha podido decir con verdad: ¿Yo soy el que soy? El Señor ha concedido otros nombres á sus amigos, el de fuerte á Gedeon, el de grande á David, el de sabio á Salomon, el de Dios de Faraon á Moises; pero permitir que una criatura se atribuya aquel nombre terrible con que se hizo reconocer de Moises y obedecer de Faron: aquel nombre aun mas adorable

que el de Adonai, Jehovah, Elonim, El, Saddai, Elion, El-Sabaoth, Ja, Kyrios, Cados, Jab, Sabaoth: aquel nombre augusto, que segun una teología, le distingue de todo lo que no es Dios; el nombre admirable solo se concede á Catalina, porque se ha transformado en ella en un exceso extraordinario del amor.

Elevada nuestra vírgen en este trono de luces, nada le molesta mas que los consuelos, nada desea mas que los trabajos. Le ofrece dos coronas su querido Esposo, una de claridad y de gloria, y otra de espinas. ¿Cuál pensais que escogerá? La de espinas. La toma en la mano, y la aprieta á las sienes con tal violencia, dice san Antonino, que abre profundas heridas en su frente. Sí, dice Catalina, sean las coronas de gloria para los justos; para José, la corona de castidad; para Noé, la de perseverancia; para Abraham, la de fe; para Isaac, la de obediencia; para Jacob, la de paciencia; para Moises, la de piedad; para Caleb la de diligencia; para Pablo la de justicia; ¿y para Catalina? Para esta vil criatura solo es propia la corona de espinas. Tal es su abatimiento entre los favores. Tal su ansia de padecer entre los mas abundantes consuelos. Demos fin á las grandezas de Catalina.

Favores y privilegios en el cuerpo. Señor, ¿aun os falta algo que dar á vuestra esposa? La liberalidad de Dios con Catalina no sufre reservas. Este Señor hizo heredero de su espíritu á su Padre, de su reino al buen ladrón, de su amado Juan á su madre, de su sangre á los hombres, de su cuerpo á la tierra; solo reservó su corazón y sus llagas: esta era la herencia de santa Catalina.

Jesús desciende á ella, la abre el pecho, la saca el corazón, la introduce el suyo propio. Testigos de esta verdad son la cicatriz que se registra en su costado, y aquel lenguaje extraordinario con que se explica Catalina con Jesucristo. Ya no dice: guarda, Señor, mi corazón; por el contrario: guarda, Señor, tu corazón. Pudo decir con san Pablo Catalina: *Vigo ego, jam non ego.*

¿Qué campo tan dilatado se me ofrecia aquí para probar los prodigios de Dios con esta vírgen! Porque si miro segun la física esta mudanza del corazón, la hallo imposible: jamás han concebido los filósofos vida sin corazón; ni el mas pequeño movimiento en esta parte la mas principal de nuestro cuerpo, sin

padecer síntomas mortales: una gota de sangre, que huyendo la circulación, caiga en el corazón, un aire sutil, un vapor tenue produce mal de corazón, gota coral, desmayos, delirios. Si la miro en lo moral, ¿qué lengua es capaz de explicar la vehemencia de los afectos que la causa? Pero á mí no me queda otro arbitrio que exclamar con san Gregorio Niceno y san Bernardino de Sena: *O dulcis plaga per quam vita subintrat!* Admiramos otro prodigio no ménos singular.

Seráfico padre mio, Benjamin, el mas favorecido entre tus hermanos en el convite de José, Catalina va á entrar en parte de tu herencia; si no hubiera sido tan humilde, ya me temiera celos y resentimientos. Si el Apóstol se gloriaba de llevar sobre su cuerpo las señales de su Salvador: si la esposa le pedia por gracia á su esposo que él se aplicase á sí mismo en su corazón y en sus brazos como un sello, Catalina recibió estas prerogativas, Jesucristo la hace participante de sus llagas en manos, piés y costado. ¿Qué espectáculo no hubiera sido ver á Catalina como aquel ángel de quien habla san Juan, que apareciendo al lado del sol llevaba la señal de su Señor, que son las sagradas llagas! Pero Catalina pide encarecidamente á su Esposo que las oculte de la vista de los hombres: le pide que la haga sentir sus dolores; pero que renuncia desde luego sus resplandores y glorias.

¿Qué petición tan extraordinaria! Ezequiel pidió la curación de una enfermedad; David pidió la victoria contra sus enemigos; Júdeas pidió fuerzas contra Lisias; Sara pidió la fecundidad; Salomon pidió la sabiduría; la madre de los Zebedeos pidió las primeras sillas para sus hijos; el pedir que se oculte el resplandor de las llagas, solo es súplica digna de santa Catalina, de esta illustre vírgen que gustó y conoció que para agradar á Jesús era preciso amar los abatimientos, los dolores y las penalidades: *Gustavit, et vidit quia bona est negotiatio ejus.* He concluido.

Sagradas vírgenes que me escuchais, dispensadme si ha sido yerro poner á vuestra vista un ejemplar tan elevado, que no le podréis dar alcance; porque ni ha podido ménos mi reconocimiento, ni pide otra cosa el elevado mérito de vuestra Madre. Con todo, no os acobardeis, arrancadla á lo ménos un pedazo de la capa, como lo hizo en otro tiempo Eliseo con Elías: *Attendite ad Abraham patrem, et ad Saram que peperit vos.*

Así llamo yo al incomparable y amantísimo padre santo Domingo de Guzman, de quien se glorió ser hija santa Catalina. Así llamo á esta incomparable vírgen, de quien vosotras sois hijas. Seguid los ejemplos de uno y otro, reunid en vuestros corazones aquel espíritu de caridad que animó tan ennoblecidos héroes, y postradas con nosotros ante aquel trono de gloria y de magnificencia, pidamos á su divina Majestad por la Iglesia de Roma y su cabeza visible, por esta ilustre ciudad, y por todos los pecadores, para que llamados á penitencia nos veamos por último en la gloria. Esta os deseo en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu santo. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SANTA CATALINA DE SENA.

(DE TRONCOSO.)

Certamen forte dedit illi Dominus, ut vinceret.

El Señor la empenó en una lucha difícil, para sacarla vencedora.
Sapientia, c. 10. v. 12.

No es del gran Jacob, á quien el Espíritu santo apropia las palabras que acabo de pronunciar, de quien vengo á hablaros en esta mañana, católico y religioso auditorio. Vengo á tejer la preciosa aureola de una vírgen pura, de una inocente paloma, de un alma candidísima cuya hermosura mejor que la de la rosa plantada en Jericó, cuya gallardía mas admirable que la de la palma de Cades, arrebató las atenciones de todo el orbe cristiano. Celebro á una heroína que, uniendo á la debilidad de un sexo frágil la fortaleza mas varonil, luchó en batalla mas comprometida y peligrosa que aquel santo patriarca, no ya con un ángel celeste, sino contra los príncipes de las tinieblas, contra todo el poder del infierno, del mundo y de la carne. Aplaudo la fortaleza de una esposa de Jesucristo, que sin participar del arrojío de Judit, ni del regalo de Susana, ni de la indiscrecion de José (1), supo como estas almas grandes y magnánimas triunfar del espíritu inmundo y burlar todos sus ardidés. Público la constancia invencible de la que, cual otra Ana la Sacerdotisa, se hizo superior á las burlas y denuestos de Fenenas mordaces y malévolas; de la que como otro Moises, abando-

(1) Hablo el lenguaje del P. S. Ambrosio, el cual si bien elogia el admirable ejemplo de castidad de este santo Patriarca, dice no obstante que es preciso excusar su indiscrecion en haber entrado solo en el aposento de su señora. (S. Ambr. lib. de Joseph.)